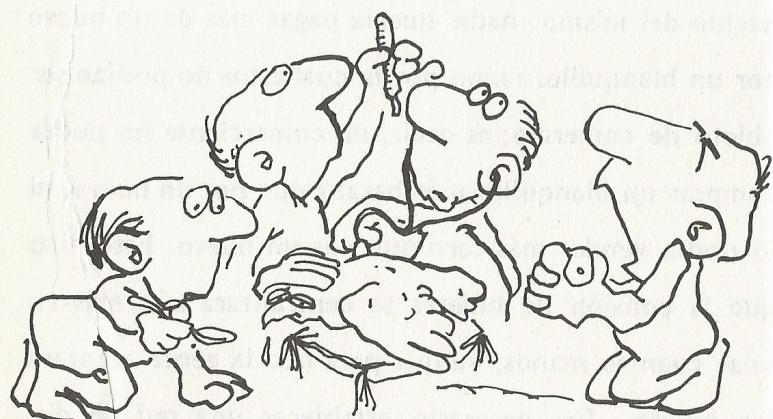


tribución a través de todos los comerciantes que quisieran ganarse una comisión; de esa manera el valor de los billetes se conservó en su real poder adquisitivo.

En una ocasión hubo una epidemia avícola y el sistema pareció resquebrajarse; sin embargo, se hizo un llamado a la población para que limitara el consumo de huevos a lo indispensable; los patrones equiparon numerosas lanchas de pesca y, momentáneamente, cambiaron el talón de la moneda de huevos a pescados, con lo cual no sólo se sorteó la crisis, sino que también se creó otra fuente de alimentación en manos de los patrones.



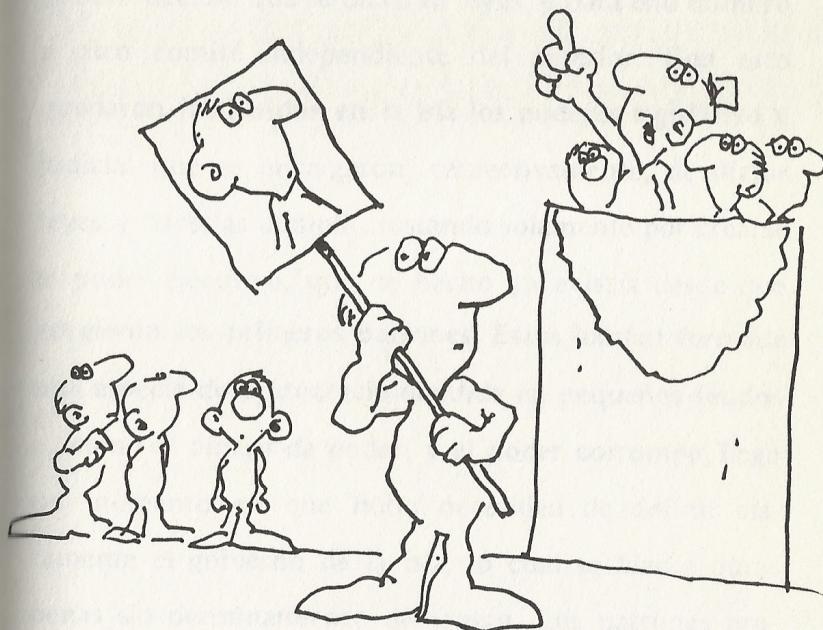
Dentro de este sistema económico tan sui generis los precios se mantuvieron más o menos estables, ya que dicho sistema se encontraba basado en la adquisición segura de un satisfactor que todos necesitaban y podían conseguir con toda seguridad contra la entrega de billetes. Si las otras mercancías se escaseaban o abundaban, su precio subía o bajaba conforme a la oferta y la demanda, pero siempre conforme a una comparación real con la utilidad que para cada consumidor representaban los huevos; es decir, los billetes amparaban siempre un satisfactor bien determinado, susceptible de comparar contra otros. Si en un momento dado la producción de huevos era abundante y, por lo tanto, se producía más de lo que el pueblo consumía, a falta de refrigeración se fomentaba el consumo de las aves, lo cual sucedía entre los meses de febrero y abril. Sucedió que a medida que se fue organizando la producción de otros bienes, éstos fueron bajando de precio, dentro de una economía en la cual la emisión de billetes correspondía a la producción necesaria del principal alimento.

Esta estabilidad monetaria encauzó la natural ten-

dencia de las personas a reservar recursos, ya que en vez de guardar semillas o huevos y otros bienes deteriorables podían guardar billetes, con la seguridad de que más adelante podrían adquirir con ellos igual o mayor número de bienes. Esto, a su vez, dió origen a dos o tres bancos que captaron los ahorros de la población, financiaron nuevas industrias, y aumentaron el índice de vida del pequeño archipiélago.

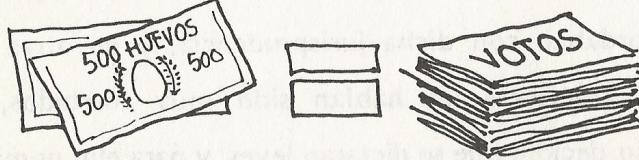
CAPITULO V

EL PRIMER GOBIERNO

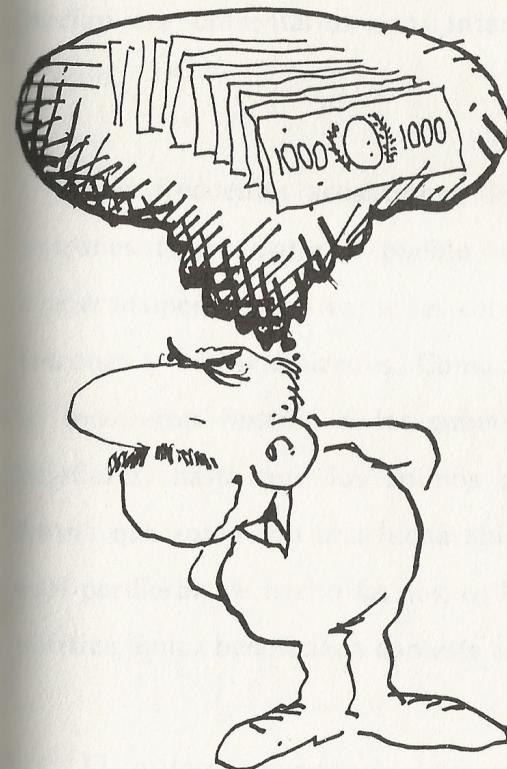


Para esto, desde que se suscitó el problema de los vales sin fondos, se decidió establecer un comité que arbitrara sobre todo tipo de controversias, éste funcionó primeramente bajo el criterio de sus integrantes, y a medida que rindió sus fallos se fue creando una especie de jurisprudencia (antecedentes de problemas, juicios y fallos); pero, como en ocasiones había fallos que no concordaban con dicha jurisprudencia, y en otras los fallos anteriores no habían sido muy acertados, el pueblo decidió que se dictaran leyes, y para ello nombró a otro comité independiente del anterior. Con esto quedaron instituidos en la isla los poderes legislativo y judicial que se encargaron, respectivamente, de dictar leyes y hacerlas cumplir, restando solamente por crearse el poder ejecutivo, que de hecho ya existía desde que surgieron los primeros patrones. Estos habían formado una especie de plutocracia dividida en pequeños feudos y, como el dinero da poder, y el poder corrompe, llegó un momento en que hubo necesidad de definir claramente el gobierno de la isla, lo cual se hizo a duras penas sin derramamiento de sangre. Los patrones propusieron un candidato y amenazaron con cerrar las

fábricas si no salía electo, y los trabajadores hicieron otro tanto, amenazando con no presentarse a trabajar. Finalmente, como era natural, el dinero compró los votos necesarios y el primer gobierno formalmente constituido quedó en manos de la casta patronal.



LOS GOBIERNOS CORRUPTOS Y EL PAPEL MONEDA





Aquella situación política, en un principio con bandos tan bien definidos, se fue distorsionando hasta que los poderes cayeron en manos de un grupo de hábiles demagogos que hicieron de la política su profesión. Estos no pertenecían ni a la clase trabajadora ni a la patronal, razón por la cual no cuidaban los intereses de ninguna de estas dos clases; sin embargo, fingían que protegían a unos y a otros, cuando en realidad lo que hacían era enfrentarlos constantemente, en beneficio propio.

Las frecuentes acusaciones del Estado contra los patrones formó entre el pueblo una imagen de ellos exageradamente negativa; se les consideró explotadores, ladrones y deshumanizados. Como consecuencia, éstos se mostraron hostiles a los gobernantes y a los trabajadores, hasta que los ánimos se caldearon en tal forma que sobrevino una lucha abierta de clases en la cual perdieron de hecho las dos, en beneficio de la casta política, única beneficiada con este ambiente social.

El grupo gobernante —no trabajador, no em-

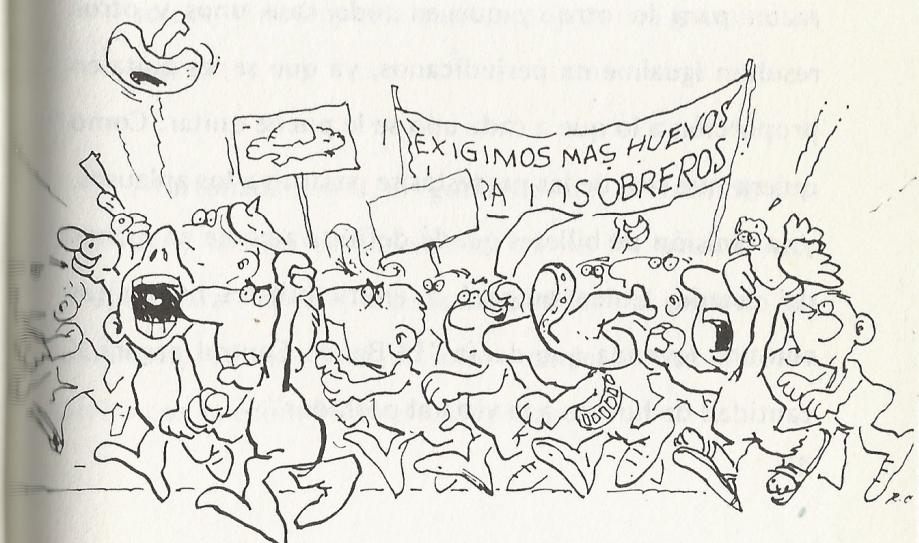
prendedor, tan ignorante en las artes administrativas como lo son los abogados, y tan poco productivos como lo son los líderes obreros— pronto se dio cuenta de que no podría prescindir de los empresarios para mantener la estructura económica y social de la isla; ni de los trabajadores para mantenerse en el poder, así que buscó la forma de debilitar a los primeros para hacerlos menos peligrosos, y de congraciarse con los segundos para afianzarse en su posición.

La solución resultó lógica y fácil, obrando como *La Magnífica*, le quitó la tierra a los poderosos y la repartió entre sus incondicionales, con el beneplácito de quienes resultaron beneficiados, aún cuando muchos de ellos ni eran campesinos, ni estaban dispuestos a trabajar la tierra. Hecho el reparto, el Estado dejó a los nuevos e improvisados agricultores a la buena de Dios, con las consecuencias lógicas en perjuicio de la economía agrícola de las ínsulas.

Como segunda medida nacionalizó las enormes granjas avícolas que respaldaban los billetes pagaderos

en huevos, abrió su propio banco central, emitió sus propios billetes, y desconoció por completo los anteriores, prohibiendo inclusive su circulación. Como quien dice, al grito de “aqui ya no hay más huevos que los mios”, cambió de golpe y porrazo el sistema monetario de la isla.

Hubo protestas, mítines, marchas, y demás manifestaciones que hacen sentir que un pueblo aún está consciente de sus derechos; empero, el gobierno capoteó la situación con un estribillo que le venía dando muy buenos resultados: “*Eso se hizo para beneficiar a los pobres —dijo— quitándoles a los ricos un poco de lo mucho que tienen*”.



— ¡Cierto! —respondieron los paleros y repitieron los ignorantes— ¿dónde están los billetes sino en poder de los ricos? entonces . . . ellos salen más perjudicados que nosotros.

La lógica de los desheredados está muy distorsionada por sus frustaciones, por sus privaciones y, sobre todo, por la falta de cultura, incubándose en ellos un rencor que los mismos poderosos se encargan de alimentar con sus arrogancias y abusos, así que no es de extrañar que éstos acepten con agrado que se les quite algo si se les dice que los ricos van a resultar más perjudicados, sin ponerse a pensar que lo uno no es razón para lo otro, y que en todo caso unos y otros resultan igualmente perjudicados, ya que se les quita en proporción a lo que a cada uno se le puede quitar. Como quiera que sea, de las protestas se pasaron a los aplausos, y la emisión de billetes quedó definitivamente en manos del estado, quien empezó a emitir billetes nuevecitos con una leyenda que decía “El Banco Central pagará X cantidad de huevos a la vista al portador”.

Por último se fijaron los nuevos impuestos, que resultaron más altos para toda la población, pero en especial, se impusieron tasas superiores a las personas que más ganaban, con lo cual la casta gubernamental se acabó de fortalecer,

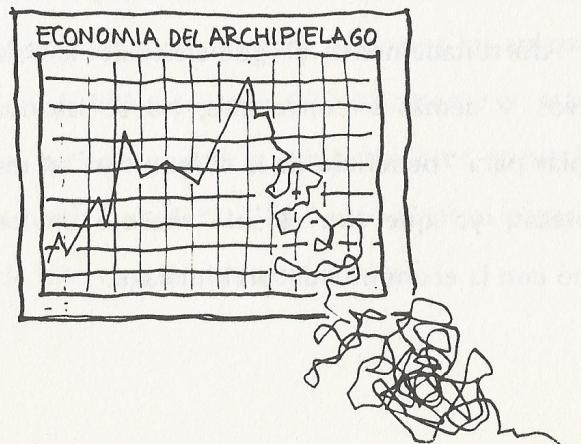
Si alguna vez el pueblo trató de protestar, se les repitió el mismo estribillo de “Eso se hizo para beneficiar a los pobres, quitándoles a los ricos un poco de lo mucho que tienen”.

— ¡Cierto! —decían los paleros y repetían los ignorantes— ¿Quiénes ganan más sino los ricos? entonces . . . ellos salen más perjudicados que nosotros, y no importa que a nosotros nos graven más que antes.

Afortunadamente al gobierno de la Isla de los Huevos y demás circunvecinas, no se les ocurrió expropiar para “beneficio de la comunidad” al resto de las empresas, ya que con el solo manejo de los billetes acabó con la economía del archipiélago.

Con el desconocimiento de los billetes anteriores, el gobierno tuvo un margen muy amplio para emitir en no menos de tres meses una cantidad enorme de sus propios billetes, contrató obras, adquirió bienes, montó oficinas y contrató grupos de represión entre la escoria de la población.

Sin embargo las granjas avícolas —puestas en manos de ineptos— no alcanzaron ni con mucho la producción acostumbrada. El suministro diario de las miles de cajas de blanquillos que se ponían en manos de los comerciantes para recoger los billetes empezó a fallar. El descontento no se hizo esperar, el pueblo exigió que se le pagaran sus huevos, y se estaban organizando algunas manifestaciones cuando salió un reglamento que los obligaba a pedir y conseguir el permiso del Estado para poder realizarlas, el cual desde luego no se les concedió.



LOS COMERCIANTES



Intuyeron los gobernantes que la negación de permisos sólo detendría momentáneamente el problema, a menos que pronto encontraran a un chivo expiatorio. Había que echarle rápido la culpa a alguien, soslayar las responsabilidades, y canalizar el efervescente disgusto del pueblo hacia otros culpables. En pocas palabras, había que echar cristianos a los leones para apaciguar al pueblo.

Esta vez les tocó a los comerciantes; pequeños o grandes, ricos o pobres, honrados o no, todos fueron incluídos en la denuncia que el gobierno hizo al pueblo: "Los comerciantes ocultan los blanquillos".

Se clausuraron algunos negocios a los cuales se les encontraron veinte o treinta blanquillos, sin valer el argumento de que eran para el consumo propio. Por razones parecidas se impusieron multas. El gobierno fue inflexible.

Antes de avergonzarse de proceder en esa forma,

hizo grandes declaraciones al pueblo en el sentido de que lo hacía para defender a los pobres.

— ¡Ciento! —dijeron los paleros y repitieron los ignorantes— los comerciantes se llevan muchas ganancias a costa del pueblo; que se les castigue por ocultar los blanquillos. ¡Ellos son los culpables de la crisis!



Ganada esta última escaramuza política, el gobierno pidió a los ciudadanos que momentáneamente siguieran usando los billetes entre sí, a reserva de

corregir lo antes posible la situación a través de una cadena gubernamental de tiendas, desde donde se canjearían los huevos. Formada esta cadena, se dedicó a comprar todos los blanquillos que pudo entre los isleños, para lo cual lo único que tenía que hacer era imprimir más y más billetes.

No fue posible, desde luego, que la producción rústica de blanquillos siquiera se asemejara a la sistematizada y, por otro lado, cuando el pueblo aceptó tan descabellada solución, el gobierno de la isla dejó de preocuparse por producirlos, así que ya nada lo detuvo en la emisión constante de billetes.

El dinero abundó, parecía una competencia en la cual unos se dedicaban a producir satisfactores y otros a producir billetes para quitárselos. Pronto un blanquillo costó un huevo y la mitad de otro, después dos huevos, más adelante tres, y así en lo sucesivo. Al haber muchos huevos por parte de unos cuantos, y pocos blanquillos por la otra, éstos fueron subiendo de

precio junto con el resto de los bienes. En pocas palabras, se desató una carrera inflacionaria debida al exceso de papel moneda, ya que mientras unos producían satisfactores, otros se dedicaban solamente a producir billetes para comprarlos.

CAPITULO VIII

LOS ESTUDIANTES



Cuando cada blanquillo llegó a costar ocho huevos, los estudiantes, la juventud intelectual de la isla, analizó la situación hasta llegar a las siguientes conclusiones que hicieron públicas.

- 1a. Antes un blanquillo valía un huevo, porque quienes emitían los billetes se comprometían a cambiar éstos por blanquillos. Con esta seguridad de cambio, los precios de las demás mercancías se fijaban en función de comparar el beneficio de otros bienes con el desprendimiento de tantos más cuantos blanquillos.
- 2a. Desde que el papel moneda circuló por decreto —sin mayores responsabilidades para el Estado—, éste ha emitido cuantos billetes ha querido para comprar los bienes y satisfactores que no ha producido.
- 3a. Al haber muchos billetes en manos de la población, todos tienen aparentemente la posibilidad de comprar los blanquillos y demás bienes que

necesitan, pero al haber tanta gente sin trabajar, los bienes se escasean, y los pocos que quedan para el consumo del pueblo se cotizan a muy alto precio, ya que la gente no se puede comer los billetes, y prefiere cambiar éstos en cualquier cantidad por los pocos bienes que quedan a su alcance.

4a. El Estado —si no puede producir los blanquillos necesarios para cambiar cada huevo emitido— debe limitarse, cuando menos, a gastar los huevos que recibe a través de impuestos. Todo exceso entre los impuestos cobrados y los gastados representa un abuso de compra que afecta a quienes producen los bienes..

5a. Al pueblo le cuesta mucho trabajo producir bienes y satisfactores, para que una casta de huevones (emisores de billetes amparando huevos) se los cambie por simple papel.

Pronto se hizo sentir que los estudiantes re-

presentaban una seria amenaza para los gobernantes. Interesados éstos en mantener su posición parásita, llegaron para sus adentros a la conclusión de que había que apaciguarlos.

Este nuevo problema lo resolvió el estado incrustando poco a poco, en los puestos directivos de los centros de enseñanza, a sus incondicionales. Estos directivos, a su vez, haciendo uso de su autoridad y de los recursos del pueblo, crearon dentro de las escuelas una serie de grupos nocivos de seudoestudiantes —que el pueblo llamó (como en México) “porros”— y que, incrustados entre los estudiantes verdaderos, se dedicaron a sabotear el funcionamiento de estas instituciones. Finalmente el estado declaró que ante la anarquía de los estudiantes y la situación económica tan apremiante, provocada por empresarios y comerciantes, le era imposible mantener un sistema de enseñanza gratuita, como hasta la fecha lo había sido, razón por la cual los estudios de los jóvenes tenían que ser pagados, mitad por el estado y mitad por ellos.

LOS NUEVOS RICOS

— ¡Muy bien! —dijeron los paleros y repitieron los ignorantes— ¡Los estudiantes son puros porros! ¡Quitémosles el privilegio de estar de flojos! ¡El que quiera estudiar que pague!

De nada valieron críticas, protestas o huelgas. Las corporaciones represivas funcionaron, se desataron las pasiones, los estudiantes se dividieron y, finalmente, el atropello se consumó.

A esta nueva claudicación le siguió lógicamente la parte que le faltaba. Frescas aún las heridas, llorados aún los muertos, el Estado no esperó a que los estudiantes se recuperaran y, ya sin mayor resistencia, convirtió a las instituciones populares de enseñanza en una fuente más de ingresos, con lo cual acabó, además, con la amenaza que para él representaba la cultura impartida gratuitamente, a nivel popular.

